



GEDEÓN

Ex-Diputado á Cortes por Madrid.

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES

15 céntimos número

ADMINISTRACIÓN

Echegaray, 25, segundo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

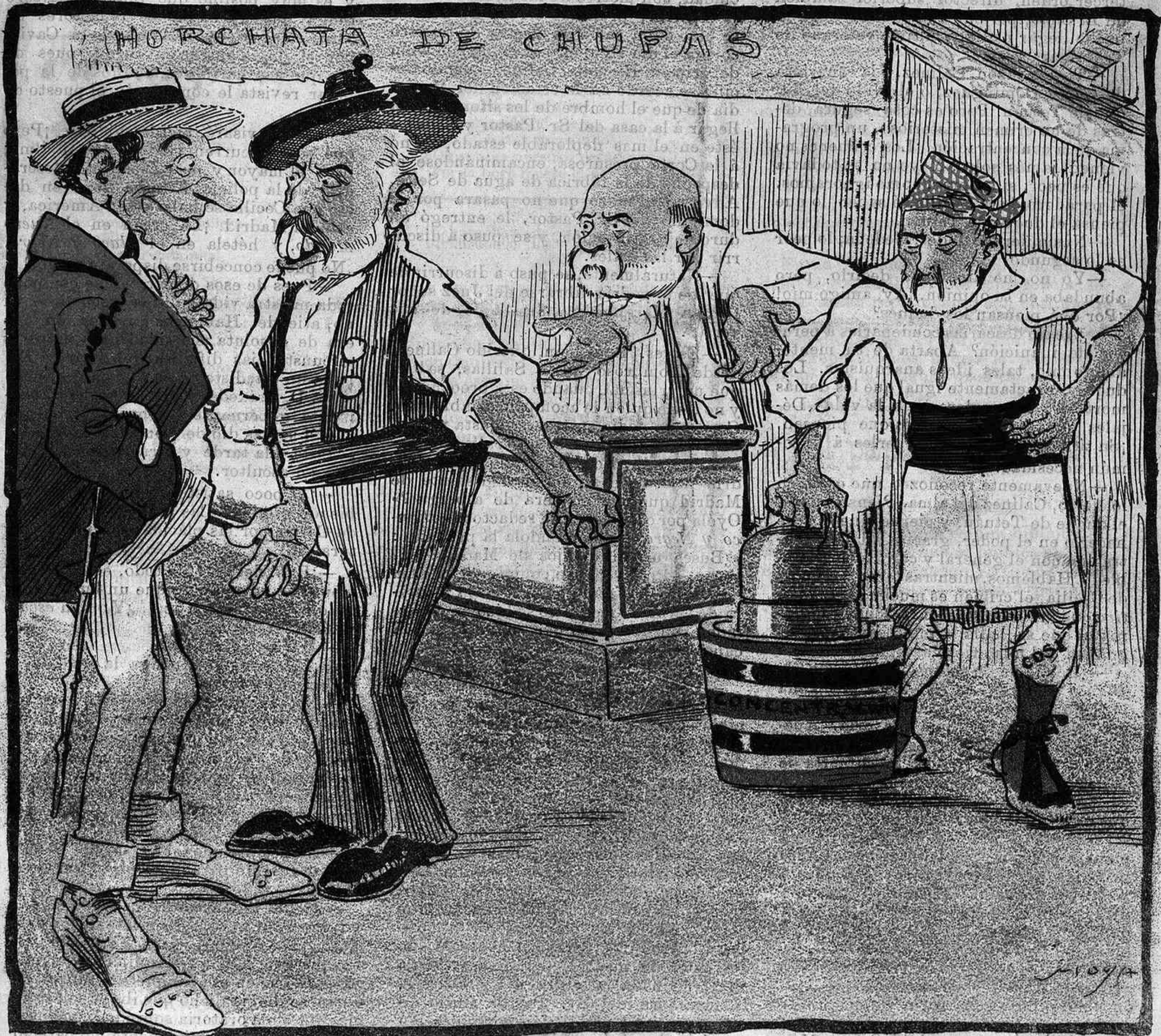
Madrid, trimestre	2	ptas.
Año	6	„
Provincias semestre	5	„
— año	8	„
Extranjero año	16	„
25 ejemplares	2,50	„
Número atrasado	0,30	„
Anuncios: 30 céntimos línea		

Año VIII

Madrid 10 de Julio de 1902.

Núm. 346

Horchata concentrada.



Gedeón.—¿Qué están ustedes haciendo?

Los horchateros.—Lo de todos los veranos: la horchata de concentración liberal.

Gedeón.—Y luego, en invierno, ¿qué hacen ustedes?

Los horchateros.—Pa el invierno... esteramos.

Jueves de Gedeón.

—¡No podía faltar, querido Calínez, no podía faltar!

—¿Qué es lo que no podía faltar, Gedeón de mi alma?

—¡No podía faltar después del crimen!

—Pero explícate, por lo que más quieras. ¿Qué es lo que no podía faltar después del crimen?

—Un golpe de concentración. El golpe ciento diez y siete, si no son equivocados mis cálculos. En cuanto el termómetro pasa en Madrid de los treinta, crimen misterioso; en cuanto llega a los treinta y cinco, «concentración». Todos los años ocurre lo mismo. Para los crímenes, ya se sabe, la calle de Fuencarral; para las concentraciones, la canarieta del general López Domínguez.

—O el Nido.

—¿Qué nido?

—El Nido y Segalerva, gobernador superior que fué de no sé qué provincia de tercer orden, director superior también de *El Siglo*, periódico al cual no llega ni puede llegar nadie, y último veterano de Trafalgar.

—Tienes razón, Calínez, ó la canarieta de López Domínguez, ó el Nido del duque de Tetuán. Pero es cosa segura, detrás de un crimen misterioso, un programa de la concentración. ¡Los crímenes no vienen jamás solos! Y yo no sé todavía qué es peor: si ignorar, como ignoramos, el paradero de la Cecilia, ó saber lo que piensa el duque de Tetuán.

—Ni siquiera lo dudes, Gedeón; lo peor es lo segundo.

—Yo no me atrevo a decirlo, pero abundaba en tu opinión. ¡Ay, amigo mío! ¿Por qué piensan los duques?

—¿Acaso desearías condenarles a perecer de inanición? Aparta de tu mente, amigo mío, tales ideas anarquistas. Los duques, exactamente igual que los demás mortales, tienen derecho a la vida. Déjales que piensen, déjales que piensen. ¡Su título no puede sustraerles a la común necesidad!

—Nuevamente reconozco que estás en lo cierto, Calínez del alma. Piense, pues, el duque de Tetuán, y piense que ha de hacerlo en el poder, gracias a la concentración con el general y con Romero Robledo. Hablemos, mientras tanto, nosotros de Cecilia, el crimen es mucho más sugestivo que la concentración. ¿Dónde te figuras tú que se halla la interesante protagonista del misterioso asesinato?

—¿Dónde ha de estar? ¡en la casa de *Blanco y Negro*! El Sr. Luca de Tena la tiene aposentada en el salón de fiestas, mientras Arijá le dibuja una orla. Apenas este notable artista termine su cometido, la sacarán a luz, con la cubierta de papel de seda correspondiente a su bien asentada celebridad. Y no creas que esto que te digo sea una fantasía abortada por mi fecunda inspiración. Me consta de una manera positiva, gracias a mis relaciones privadas con los redactores de *Blanco y Negro*, que Cecilia Aznar está allí. ¡Ya verás como le sueltan el mejor día un fogonazo de magnesio y sale en la primera plana del periódico, con el epígrafe de: «Nuestro concurso de crímenes.»

Cecilia Aznar, rodeada por los individuos del jurado en el patio de máquinas de *Blanco y Negro*.

¡Qué asombro para el Sr. Ortega Morejón, juez de la causa y poeta fácil, el cual la anda buscando como si fuera un

consonante por todos los puertos de Francia y todos los mares de ambos hemisferios. Pues nada, allí la tienes, satisfechísima de su escondrijo.

—No puede ser; te digo que no puede ser. Cecilia Aznar no está en el *Blanco y Negro*. Nuestro excelente amigo el señor Luca de Tena es incapaz de encubrir tanto tiempo a un criminal. ¡Ya le hubieran soltado a éste el fogonazo de magnesio, digno castigo de sus nefandas acciones!

—Bien. Calínez, tú puedes creer lo que quieras, pero ¿a qué no encuentras a Cecilia? Desde que ésta cometió el crimen, toda la policía, con Barroso a la cabeza, se dedicó a buscar un retrato de la presunta asesina. ¿Encontró acaso la ambicionada fotografía?

—Me parece que no.

—¿Quién fué el primero en obtenerla?

—Reconozco que fué el *Blanco y Negro*; pero eso, ¿qué prueba? El retrato estaba hecho en Denia el año pasado durante la permanencia de Cecilia en dicha ciudad, con motivo de las fiestas.

—¡Error, profundo error! El retrato se hizo en el salón de fiestas de nuestro colega el día siguiente al de la comisión del crimen. Escucha, Calínez, cuando Cecilia se acordó en la estación del Mediodía de que el hombre de los sifones podía llegar a la casa del Sr. Pastor y hallar a éste en el más deplorable estado, tornó a la Corte presurosa, encaminándose al despacho de la fábrica de agua de Seltz. Advirtió al mozo que no pasara por el domicilio del Sr. Pastor, le entregó un duro de gratificación, y se puso a discurrir por las calles.

—Naturalmente, se puso a discurrir de qué modo podría librarse del Juez señor Ortega Morejón y, sobre todo, de sus versos.

—Eso es. Pues bien, querido Calínez, desde Lombroso hasta Salillas, saben que un criminal, cuando está preocupado y no tiene quien le acompañe, habla solo. Cecilia no podía sustraerse a esta necesidad, y yendo por no sé qué calle, comenzó a decir a gritos: «Dios mío, ¿quién podría indicarme algún sitio distante de Madrid que me sirviera de albergue?» Oyóla por casualidad un redactor de *Blanco y Negro*, y deteniéndola la preguntó: «¿Busca un sitio lejos de Madrid?»—Sí señor.—Pues véngase conmigo a la casa de *Blanco y Negro* que está en la frontera de Ayala.» Cecilia no se hizo de rogar, montaron ambos en una *manuela* con la capota echada, y el cochero arreó.

—¿También él?

—Dos horas después la simpática protagonista del crimen misterioso era recibida con la mayor amabilidad en el popular palacio del popular semanario. Todos los de aquella casa ignoraban aún quién era la notabilísima persona que les dispensaba el honor de visitarles, pero acostumbrados a desplegar la más exquisita galantería con todos los que pisan aquellos lustrosos *parquets*, le enseñaron habitación por habitación, despacho por despacho y taller por taller, todo el edificio. A Cecilia le encantaron sobre manera las planchas del fotografiado, pero hizo perspicazmente la observación de que no tenían asas. Una vez terminada la visita a los talleres, la matadora del Sr. Pastor sintió de nuevo ese invencible afán comunicativo que impulsa a los criminales, y con la más amable sonrisa en sus robustos labios, exclamó: «Tan agradecida me tie-

nen ustedes por sus bondades, que, no he de ocultarlo un momento más; yo soy Cecilia Aznar, asesina de mi amo D. Manuel Pastor.—¡Dios santo! ¡La actualidad!—gritaron todos, rodeándola con la más efusiva y periodística impaciencia;— ¡Vengan máquinas fotográficas!» Y en un momento la apuntaron diez. Cecilia no hizo el menor movimiento. Estaba muy acostumbrada a toda clase de objetivos. La redacción de nuestro colega, celebró inmediatamente consejo, acordando guardar a Cecilia en la casa del periódico hasta que la encontrase el Sr. Ortega Morejón, y allí la tenéis tú y él, magníficamente aposentada, de día en los almacenes de papel y de noche en el salón de fiestas. Todo el personal de *Blanco y Negro* acompaña por turno a la notable criminal; relevándose los individuos cada dos horas. Te advierto que entre la redacción, los diferentes talleres y la administración, se reúnen en el *Blanco y Negro* lo menos ciento y tantos hombres; pues a Cecilia le gusta de tal modo conocer caras nuevas, que todavía pide más, y es muy posible que *Blanco y Negro* tenga que apelar a los redactores de otros colegas suyos. Avisásele a Cavia, por si desea entrar en turno, pues de fijo que sus cariñosos amigos de la popular revista le concederán el puesto de honor.

—Se lo avisaré, pierde cuidado. ¡Pero qué cosas ocurren, Gedeón de mi alma, para el mayor y más espantoso descrédito de la policía. Esta ha dado en decir que Cecilia se halla ya en América, y está en Madrid. ¡La creen en el *Nuevo Mundo*, y hétela en el *Blanco y Negro*. ¡No puede concebirse disparate mayor!

—Pues de esos disparates se compone toda nuestra vida política y social. Y si no, atiende. Habíamos quedado en que era de absoluta necesidad que en estas circunstancias difíciles gobernara a España un estadista de cuerpo entero; pues bien, D. Práxedes se declara espontáneamente gobernante de busto, y él, que nunca se las dió de bonito, é hizo bien, soporta una tarde y otra tarde las sesiones del escultor.

—¡Y poco satisfecho que estará habiendo cambiado las antipáticas sesiones de Cortes por las plácidas sesiones esculturales!

—¡Bah! después de todo, en el Parlamento no era ya más que un busto colocado sobre el banco azul. ¿Y quien esculpe a D. Práxedes?

—Mariano Benlliure.

—¡Dile que no le ponga la maja desnuda, por si acaso!

—No; le pondrá la nómina bien arropada, y estará más en carácter. ¿Pero no te parece a ti, sin que esto sea juzgar los méritos de ambos escultores, que el insigne Querol, autor de un Bolognesi recientemente premiado, debería de haber hecho ese busto de Sagasta, en vez de hacerlo el insigne Benlliure?

—Es posible que el artista del Bolognesi se reserve para esculpir el busto de Merino.

—Tienes razón, no había caído en eso yo. Pero ahí va otro disparate de los muchos que te podría citar. Se celebra un banquete en honor de Aguilera, y el único que come en ese banquete es Moret, de quien se había dicho que iba a soltar su magnífica ola oratoria sobre los comensales, y el cual, efectivamente, no pareció por el lugar del suceso.

—Entonces, ¿cómo aseguras que fué el

único que comió en ese banquete, si ni siquiera asistió a él?

—Pues por eso, ¡porque se comió el discurso! Ninguno de los presentes comensales salió tan bien librado como nuestro Ministro universal. Y por último, Calínez, apunta este otro disparate: Coge pluma y papel el duque de Tetuán y redacta por duodécima vez el programa de la Concentración y luego de escribir el papelito, lía los bártulos y se va a Cestona para tomar las aguas. ¿No hubiera hecho muchísimo mejor, conocidos los salubres efectos de las aguas de Cestona, en tomarlas primero y caer después sobre el papel?

—Yo creo que sí; de ese modo su programa hubiera tenido toques de gran originalidad!

—¿Qué duda cabe! Y no quiero continuar la serie de disparates nacionales, porque esto no tendría fin. Pero vaya éste por contera. Madrid necesita que sus habitantes se alimenten bien, para que no decrezca la población. ¿Pues sabes lo que han discurrido nuestros ediles? ¡Subirnos los huevos! ¡Dime tú si de este modo hay pueblo que pueda desarrollarse y prosperar!

Un banquete

(DE UN DRAMA INÉDITO.—RELACIÓN A PROPÓSITO PARA SER RECITADA EN UNA VELADA PÚBLICA)

Permitidme que me ría del banquete, ó lo que fuera, que a don Alberto Aguilera largaron el otro día. Nunca vi, ¡por vida mía!, otro espectáculo igual; y, aunque comí poco y mal, fué tan grande mi alborozo, que aun con el recuerdo gozo de aquel sainete genial.

Los socios que dirigieron, á fuer de gentes discretas, vendieron más papeletas de las que vender debieron, porque sin duda creyeron que Aguilera—Cristo á veces—iba, al ver sus estrecheces, y por evitar desmanes, á multiplicar los panes y á multiplicar los peces.

Y fué la gente llegando y fué el conflicto creciendo... ¡Ninguno estaba comiendo, pero todos esperando! Estos se fueron sentando llenos de paciencia y fe, pero en seguida se ve que era preciso un descarte, puesto que la mayor parte se iba quedando de pie.

Empieza el fuego en guerrillas con el mayor arrebato; se rompe algún que otro plato, se lynchan algunas sillas; con vasos y cucharillas la gente airada é inquieta un aire viejo interpreta; y hay quien, con la cara mustia, para dominar su angustia, ¡se lleva una servilleta!

No falta en la reunión quien bendiga su fortuna, pues le tocó una aceituna ó un poco de salchichón; va don Alberto al fogón á inspeccionar la comida, y sale el pobre en seguida maldiciendo de su estrella... al pensar en la paella tan pobre y descolorida.

A ella la gente se lanza con un apetito afroz, y cada grano de arroz desvanece una esperanza; crece la protesta, avanza desordenada y cruel, y ante el escándalo aquél, muchos se alejan inciertos... ¡que hay caballeros cubiertos que hasta se quedan sin él!

Muchos reclaman sus fueros, dando gritos guturales... Se arrojan los comensales detrás de los camareros; éstos, corriendo ligeros, tiran platos, rompen fuentes, se oyen voces diferentes, en que el odio no se extingue, ¡y un mar de salsa y de pringue salpica á los concurrentes!

Descolorido el semblante tembloroso, casi muerto, ¡cuánto sufre Don Alberto en aquel supremo instante! Su mirada es suplicante, lanza un suspiro profundo y al pensar en Segismundo llega á perder el compás... ¡Porque á veces, pesa más un pensamiento que un mundo!

Señor Alcalde mayor, debe permitirme usía que á todo foro me ría de ese banquete en su honor; y hágame usía el favor de no aceptar otra vez homenajes de tal prez y en tal forma preparados... ¡Dios juzga nuestros pecados! ¡Por la boca muere el pez!

Diacharchos de entre semana

¿Han leído ustedes en su vida un documento más ridículo, hueco, fantasmónico y antipático que la carta-piernifiesto del duque de Tetuán?

En cualquier país decentemente amueblado, esa especie de arquetipo de la insustancialidad transcendental quedaría archivado como una obra maestra.

Y le pondrían el siguiente letrerito: «Curiosísimo ejemplar de la edad paleolítica de los polifitocastros españoles. En aquellos tiempos (que son éstos), las señoritas cursis habían vulgarizado tanto las *Romanzas sin palabras*, que un genio sorprendente, el duque de Tetuán, inventó y puso en boga las *palabras sin romanza...*»

Y se cayó de un Nido y Segalerva. Por lo demás, la opinión ha sido unánime.

Y si el duque hubiese oído lo que todo el mundo decía de su manifiesto ó piernifiesto, ¡se hubiera creído que estaba en una corrida de la Prensa y que él era de la Comisión organizadora!

Vaya, hombre, vaya con el señor duque; ¡y por qué no se morirá S. E.?

Entiéndase bien, que nosotros no deseamos la muerte física de dicho excelentísimo señor, á quien como particular respetamos y tenemos por cumplido caballero.

Lo que sí es de apetecer es su fallecimiento político; vamos, que le suceda lo mismo que á D. Camelo Polavieja, nuestro difunto y predilecto amigo y general.

¡Y conste que el duque aun nos parece mucho más Camelo que el otro!

Digna pareja del piernifiesto del duque es el discurso, alocución, arenga ó lo que fuere, que le largó Cursilvela el otro día

al pobre D. Cesáreo Fernández Duro á guisa de homenaje de varios amigos y de la Sociedad Geográfica.

Sabíamos que el D. Cesáreo era, en efecto, muy Fernández.

Lo que no creíamos era que fuese tan Duro.

Porque hace falta ser de pedernal para resistir sin resquebrajarse la sarta de solecismos, vaciedades simples y compuestas, y ripios de palabra y de obra, que en pocas palabras soltó por aquella boca el académico Cursilvela.

Leyendo eso, se comprende que el coautor de *La Filacalia* tenga verdadero odio á toda e lucación que no sea la frailuna.

Como que su gramática y su literatura son mezcla de la de Fray Gerundio de Campazas y la de Liberto, el memorable lego de *El tío Conejo*.

¡Envidiable Sr. Fernández Duro!

¡Miren ustedes que á su edad tener tanta resistencia!...

Dios se la conserve y nos conserve á Cursilvela, y ojalá le traiga pronto al poder.

Porque, ya se comprende, entonces él no ha de gobernarnos, porque no sabe: pero al menos, no escribirá.

Y así estaremos algo más descansados.

—¿Qué le pareció á usted el banquete en honor de Aguilera?

—Hombre, no puedo decirle á usted nada, porque yo llegué á los postres.

—¿Cómo postres, si no hubo ni aun principios?

—¡Quíá!: precisamente cuando llegué yo estaban repartiendo galletas.

En no sé qué centro republicano ha dado el Sr. Pí (hijo) una conferencia sobre la unión republicana, con el título de *El programa común*.

Eso dice el Sr. Pí (hijo): mientras los otros republicanos ponen la palabra *al* después de la palabra *programa*.

¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

La *Colección Calón* es una bibliotecuita muy apañadita que se publica en Salamanca, y en ella *figuran* ya tomos de varios amigos nuestros y hasta parientes cercanos.

El último volumen publicado es de Acebal, y se titula *De mi rincón*. El próximo á publicarse será de Unamuno, que ahora está muy enfadado con nosotros, pero que ya se desenfadará en cuanto le digamos que él vale mucho más que *Zeda* (lo cual, *por otra parte*, no es un elogio exagerado). El tomo que se publicará después del de Unamuno... ¡ah, señores! ese tomo no le cambiamos por las *Obras completas* de D. Raimundo Fernández Villaverde, ni por los *Ideales*, de Grilo, ni por el *Teatro*, de Cavestany.

Y perdónesenos que escribamos esto así, tan en mangas de camisa, porque con *esta calor que hace...*

Dicho esto, al que posea tres reales le damos tres consejos, uno para los setenta y cinco céntimos, y los otros dos, gratis.

1.º Que compre un tomo de la *Colección Calón*, bien sea el de Acebal, bien el de Unamuno, aun cuando preferiríamos que se aguardara un poquito y adquiriese el otro, el *tercero de los tomos*.

PARTIDOS DE VERANO



Gedón — Eso, eso es lo que nos hace falta; gente joven, prestigiosa, que no esté gastada, con un programa concreto y con energías propias para realizarlo.

Stevens

EL BANQUETE EN HONOR DE DON ALBERTO



Instantánea obtenida por nuestro oportuno redactor fotógrafo, en el momento de mayor animación.

2.º Que, si no tiene más que los tres reales susodichos, se quede a veranear en Madrid, en este odioso Madrid cuyas delicias estivales canta el maestro Blasco y bailamos los que no tenemos dinero para irnos; y

3.º Lo que dice el doctor Munyon, alzando el dedo en un actitud digna del duque de Tetuán: que

¡NO SE DEBILITE USTED!

Total, 0,75.

**

Ha aparecido el tomo 4.º de las *Obras completas de D. Ramón de Campoamor*, ese congrio a quien despreciamos homéricamente el chico de las de Kropotkínez, Perico Sinsóntez, Juanito Sacarlín y otros varios sujetos de esos... vamos, sujetos, es decir, que no debieran andar sueltos.

En el tomo 4.º están las *Ternezas y flores*, los *Ayes del alma*, *Poesías varias*, *Fábulas* y el poema *Colón*.

Hemos procurado consultar a nuestros amigos políticos y particulares, acerca de la composición preferida por ellos, y he aquí lo que nos han contestado.

A D. Segis, *Nunca una moral nos cuadra*.

A Canalejas, *El diablo predicador*.

A Monseñor Rinaldini, *Bienes prometidos*.

A Weyler, *Yendo a más, venir a menos*.

A los de la concentración, *La inocentada*.

A Cursilvela, *A un gran mal, otro mayor*.

A D. Práxedes, *Excusas necias*.

A Romero Robledo, *De gustos no hay nada escrito*.

A Rodrigáñez, *Caprichos del hado*.

A Veragua, naturalmente, el primer canto del poema *Colón*, que se titula *Salida de Palos*, entiéndase «banderillas de fuego».

A Maura (padre), *No hay mal como un falso amigo*.

A Maura (hijo), *Del tronco sale la rama*.

A Navarrorreverter, *Catón de Utica*.

Al Duque de Tetuán, *Baladronadas*.

A Suárez Inclán, *Glorias llovidas*.

A Montilla, *La justicia en un cuento*.

A Comillas, *La piedad bien entendida*.

A López Domínguez, *Un bobo hace ciento*.

**

Toreros, toreritos y torerazos, con trescientas tres décimas, compuestas por Manuel Serrano García-Vao, un amigo nuestro que es capaz, y aun *capataz*, de todo en materias taurinas, si que también poéticas, vamos al decir.

Serrano García-Vao (*Dulzuras*), entiendo de toros mucho más que la mayor parte de los que hablan de eso: y en esas cosas, el tener *vista* es lo principal.

Hay en el libro décimas cambiando, las hay al sesgo, de sobaquillo, a paso de banderillas y al revuelo de un capote.

Toda la lira.

Gedeón, moreno

No hay nada. Quiere decirse que, durante estos pasados ocho días, no hemos tenido que lamentar ningún estreno. Continúan los teatros veraniegos sirviéndonos cosas propias de la estación, y únicamente en los Jardines hemos presenciado una obra nueva—vamos al decir—lla-

mada *Andrea Chenier*. Pero es tan poco saliente, que casi podemos meterla también entre el consabido arte veraniego.

¡No hay nada! ni siquiera los reyes de nuestra escena han estrenado ningún drama, ni de los pasados por agua ni de los que les llevaron nuestros autores al hacerles en la Coruña la visita oficial. Dedicáanse ahora D.ª María y D. Fernando a recorrer Galicia, presentando a los gallegos estupefactos las galas de su extenso repertorio. Y no podrán quejarse, ciertamente, de cómo son recibidos por los paisanos de D.ª Emilia. En todas partes hallan excelente abono, muchos aplausos y pruebas de afecto y consideración.

Todo me parece poco, aunque a veces me parece mucho.

Por ejemplo, lo ocurrido en el Ferrol tras pasa los límites de lo soñado. Es el caso, que el artístico matrimonio hizo una visita al arsenal, y la guardia del dique, que mandaba un sargento de infantería de Marina, presentó sus armas é hizo todos los honores de Ordenanza a la feliz pareja. Así lo cuenta el correspondiente del *Heraldo de Madrid*, en largo y sugestivo telegrama, añadiendo que el sargento creyó que Díaz de Mendoza era un general, pues llevaba al cinto una faja. La faja de grande de España.

Con tan justa explicación, queda en salvo la plancha del sargento, a quien, en todo caso, no es lógico exigirle una inteligencia excesiva; pero es lástima que el notable actor no hiciera en el acto, y por su propia cuenta, la oportuna rectificación, evitando así el regaño que el sargento se habrá ganado, el desairado papel que el mismo Díaz de Mendoza desempeñaba en aquel momento, y los sabrosos comentarios que por acá se han hecho, a los cuales Gedeón se adhiere muy gustoso.

¡No tanto, querido Fernando, no tanto! Aparte de que está usted considerado, no como grande ni grandecillo de España, sino como un artista, y no hay para qué ostentar la faja consabida; no es usted todavía tan genial que merezca que le presenten armas. Quizá lo sea algún día, y bien saben Dios y D. Segismundo Moret que Gedeón se alegrará muy mucho.

Hoy por hoy, sólo puede pasar ante las armas que le presenten sus amigos y devotos, no menos agradables, por cierto, que la del arsenal del Ferrol.

Por ejemplo:

Los escalpelos de nuestros críticos.

Los bombos telegráficos.

Los pañales, cuchillos y pistolas con que D. José ha solucionado todos sus dramas.

Y los ripios de Cavestany.

¡Me parece que con todo eso, bien se puede montar una guardia, obligándola a que rinda todos los honores de Ordenanza!

Los principales médicos afirman que el mejor alimento que puede darse a los niños y a las personas débiles y convalecientes, es Theobromina fosfatada Luque.

.....y armas al hombro

El general López Domínguez, el duque de Tetuán y algún otro megaterio político, tratan de dar la razón al maestro Blasco, quien defiende que se debe veranear en Madrid, porque aquí estamos muy frescos.

¡Ya lo creo que estamos frescos, D. Eusebio! Pues bien; en vista del fresco que hace, dichos señores (39 grados a la sombra) han acordado concentrarse para tener un poquito de calor.

Nada más oportuno, como se ve.

Y nada más bíblico.

Ya se sabe: Ganará el banco azul con el sudor de tu rostro.

Lo malo será que antes venga la liquidación.

¡Y miren ustedes que el duque y el general en su propia salsa!...

**

Se ha concedido el arrendamiento del Teatro Real al popular empresario de toros de San Sebastián, Sr. Arana.

Según nuestras noticias, el nuevo empresario está en tratos con Mazzantini y las *signorinas* Angelita Pagés y Lola Pretel, para que canten en la próxima temporada del regio coliseo.

**

Al hacerse las pruebas del cañonero *Doña Marta de Molina*, el general Morgado, en el calor de la improvisación, dijo que la construcción del citado barquito marca el comienzo de una era de regeneración.

Hay que advertir que el barco tiene nada menos que ochocientas toneladas de desplazamiento: poco más que el del estanque del Retiro.

De modo que si así comenzamos la regeneración, ¡morgados estamos!

**

Dice un colega, hablando de un señor difunto:

«Fue comendador de Isabel la Católica, caballero de Carlos III y del *Gran Cristo*, de Portugal.»

Por Dios, querido colega, no blasfememos.

Ya sabemos lo que son los portugueses en eso de los tratamientos; pero ni aun en Portugal se ha atrevido nadie a hablar del Gran Cristo.

La Orden esa es del Cristo, y nada más.

¡O es que todavía nos parece poco tratamiento el ser la segunda persona de la Santísima Trinidad?

**

La prensa rusa, hablando del viaje del rey Víctor Manuel a San Petersburgo, elogia las florecientes condiciones económicas de Italia.

¡Malo, malo! De esta hecha, sin sablazo ruso no se queda el monarca italiano.

Porque esos rusos, donde ponen el ojo, ponen el sable.

Y si no, que lo digan sus dulces y queridos aliados los franceses.

**

Los diputados de Madrid están disgustadísimos con el gobierno.

Y tienen razón que les sobra.

Y si siguen así las cosas, pronto los madrileños nos uniremos a los catalanistas y a los bizkaitarras, y nos declararemos separatistas, y odiaremos al poder central y cantaremos *Els segadors*.

Y se verá el milagro de aquel santo, que se besaba la propia cabeza, cercenada por los infieles.

Sólo que nosotros no podremos hacer lo que el santo: que se besaba la cabeza con la boca del estómago.

Porque, según se nos trata y se nos administra, ni estómago nos va a quedar.

**

Tampoco el presidente del Consejo de Ministros piensa moverse de Madrid.

Otro argumento para el maestro Blasco.

Ya lo dirá, ya lo dirá mañana:

—Ya lo ven ustedes: Sagasta se queda con nosotros.

Verdad es que en toda su vida ha hecho otra cosa.

Imp. de A. Pérez y C.ª, Pizarro, 16 bajo.

EN LA ZONA FISCAL

(Pasión y muerte del consumidor madrileño.)



Coro de madrileños.—!Nos han reventado los tributos nuevos!
!Nos dejan sin leche, sin sal... y sin huevos!